

mano semicerrada oculta una vela. Se oyen tres disparos en la calle. Los bancos escupen licor a los ejes sagrados. Descienden gestos sutiles o bruscos desde el retablo hacia el cuerpo. Ya están aquí. Llegaron. Saludan. Comienzan las chanzas, los discursos, los cantos, los tragos, los bailes, los rezos, las consultas y las curaciones. Se inicia el carrusel inexacto de las entidades sagradas.

Es el territorio de la memoria. Panorámica sagrada que se despliega en carne. Los espíritus que *bajan* evocan breves historias subalternas, enredadas en el detalle fragmentario, en el silencio apenas quebrado por la significación, en la risa, la ambigüedad y la violencia. Princesas esbeltas, *encantos* de la naturaleza, indígenas mutilados, tropa desordenada, esclavos africanos encadenados, médicos de los pobres, ánimas en pena, brujas y brujos poderosos, alcohólicos, héroes gloriosos o enfermos, curadores desvergonzados, prostitutas, bufones, delincuentes, sabios populares, soldados torturados, cimarrones rebeldes.

Es el panteón sin límites, siempre renovándose, transitado por clásicos y por modas pasajeras. María Lionza, José Gregorio Hernández, Ismaelito, India Mara, Zaira-ha, Simón Bolívar, Urdaneta, Macumba, Guaicaipuro, Changó, María Francia, Congo, Negra Matea, Pluma Roja, Lino Valle, Terepaima, Ánima del Taguapire, Yoraco, Negro Felipe, Mr. Vikingo, Tibisay, Don Juan de los Tesoros, José Antonio Páez, Negro Pío, Don Toribio Montañés, Erika la Vikinga, Atahualpa, Don Juan de la Calle, Barón del Cementerio, Ánima Sola. Algunos entre cientos.

Muchos esbozan regímenes de dominación, guerra, tortura y muerte. Amalgamas de poder, identidad, cotidianeidad y violencia. Es el territorio de la herida. Ante todo. De la herida de la historia y los paisajes del olvido. Un modelo para armar. Un jeroglífico en carne de la Venezuela agazapada, siempre por descifrar. Biografías necesariamente indeterminadas que disuenan y apenas se reconocen. Se deforman de boca en boca en versiones apócrifas que se infiltran tenaces por las costuras de la realidad hegemónica.

Es el territorio de lo híbrido. Se aceleran los tambores y *baja* en los mediums el Centauro de África, desbocado, esbelto, atormentado y poderoso en su iconografía fantástica. Irrumpen los espíritus de vikingos y vikingas, héroes de cómic descosidos de la imaginería de la pasión cristiana y la estética *punk*. Se funden con los antepasados de la Venezuela negra bajo el gobierno de Santa Bárbara de Changó. En su identidad improbable, esclavos y africanos comparten una corporalidad traumática, urgente, cadavérica, crispada, violenta, desorbitada, teñida de sangre, manifestada en un lenguaje hondo, indescifrable, ronco, dislocado, percibido como inglés arcaico.

Llegan y se van los *hermanos* en riadas, tiñendo las *materias* de sensaciones como manchas de colores en tránsito. Ya vienen los espíritus de los médicos, calmados y contenidos dentro de sus *materias* como en un entorno hospitalario –la posesión medicalizada. Trafican con la eficacia biomédica, ahora tecnomística, y adivinan desgracias sobre rayos X sacados de los hospitales, practican transfusiones de sangre simbólicas, operan sin rozar a sus pacientes, organizan hospitales místicos, interpretan brujería en muestras de orina, o recetan medicinas de patente en el fragor del trance.

O regresan a su patria expoliada, llenos de agravio y sangre, los espíritus de los caciques indígenas venezolanos. En sintonía transversal con la estatuaria oficial que puebla los parques y plazas de Venezuela, construyen su esencia nativa –a caballo entre la historia, la fantasía, la cotidianidad y la cultura de masas– junto con algunos Incas como Atahualpa o *pieles rojas* popularizados por el *western*. Hinchados, poderosos, gigantes, sobrios, reventando a sus mediums. Arrogantes en el martirio y en la derrota, disfrazados de nostalgia, reviven sus dramas, batallas y desamores épicos en una *tierra india* recobrada, apenas por unos instantes, al serpenteo urbano de Caracas y su desfile de abeja.

Es también el territorio de lo próximo. Del guiño cómplice y el reproche. Se manifiestan despreocupados los *chamarreros* y *chamarreras*, compendio de todas las modalidades de medicina tradicional, envueltos en su ancianidad obscena. Traen consigo el alboroto familiar de los espacios locales y regionales estereotipados. Artríticos, desmemoriados, mordaces, malolientes, jugadores, camorristas, mascadores de *chimó*, suaves para las *materias*. Con sus achaques y su caminar renqueante, las anegan de vejez y brujería.

Descienden por fin, intoxicados, aún fríos, los *malandros*, jóvenes alegorías de la geografía más peligrosa y sórdida de Caracas. Sitiados en su corporalidad de calle, su familiar *tumbaíto*, esculpen en los cuerpos de las *materias* heridas, adicciones, *culebras* y biografías truncadas, enmarañadas siempre con el estigma y la muerte temprana y trágica. Ya deambulan por los cuerpos gastados algunas ánimas milagrosas, inconsolables, desdichadas, amantes del susurro y el llanto, atadas al lugar y circunstancia del accidente, portadoras imprescindibles de las desgracias de lo cotidiano. Hay recogimiento y escalofrío. Temblor de vigilia. Quizá sed.

Llega el agotamiento. Sigue el claroscuro, ahora más grumoso, más espeso, balbuciente. Se desgaja la escenografía sin centro. Quedan apenas los ecos, los rumores, los guiños. Los niños duermen en hojas de periódicos extendidas sobre el suelo de cemento. Los pacientes ya curados sosiegan su convalecencia semiapoyados en las paredes, cabeceando su vigilia. Ruedan

botellas de licor vacías, consumidas hasta el poso por los *hermanos*. Una *tumbadora* insiste lánguida un ritmo que ya se difumina, se convierte en arrullo, se derrite. Se oyen una risa aislada, una palmada seca y una carrera en el despunte de la madrugada.

Los improvisados símbolos terapéuticos de talco o harina yacen casi borrados, desactivados, apenas reconocibles bajo pisadas al pie del altar o en los recintos sagrados de velas que se extinguen muy despacio. Ya próximas al suelo. Se tambalean inseguras las *materias* tras horas de trance, saturadas de presencias turbadoras, curaciones, consultas, ayuno, adivinaciones, danzas. Pegajosas. Golpeadas. Cansadas. Retorcidas. Frágiles. Cuesta regresar. Se van paulatinamente de sus cuerpos las *fuerzas*, a saltos o deslizándose, altivas o melancólicas. Los *bancos* dibujan el descenso de los *fluidos* desde el eje vertebral hacia los pies, primero liberando la cabeza y el cuello, luego el pecho, la cintura, los brazos y las rodillas. Ya pasa la vela prendida por delante de los ojos. Ida y vuelta. Ida y vuelta. Un médium vomita enganchado en cinco brazos. Se entorna una ventana sin vidrio. Sube un *jeep* quejándose por la quebrada. Un, dos, tres saltos. Dime, escucha, ¿cómo te llamas?

No me olvides, ven conmigo, quíereme mucho, miel. Dicen que las sensaciones masivas del trance tardan en extinguirse. Como miembro fantasma que se percibe cuando ya no existe, el trance se desteje de los cuerpos en retales discontinuos. Un dolor agudo en un brazo, una tensión en la espalda, un estremecimiento profundo, una contracción en el gemelo, una ansiedad en el pecho, un calambre en el costado, una voz quebrada, un aroma tenaz, una náusea, un recuerdo ajeno que anida repentino en la memoria, una visión borrosa en la retina, un susurro que se asienta como letanía en el oído. Allí se aferran intermitentes los *hermanos*, ya residuales, perezosos, juguetones, cosquilleantes como burbujas de vena. Es el territorio de la invocación que se esfuma.

«Conjuro para trabar armas y cortar la fuerza. Yo conjuro todo tiro sea del arma que fuere, sea cortante, de bronce, acero o hierro. Te conjuro, creo que la detengo por el viento, cielo y tierra: conjuro y reconjuro y creo que no revienta, como el cielo no se cae ni el agua se enciende en fuego; bala detente, creo que se hiele toda arma y ningún tiro revienta, creo que sienta con el brazo un temblor y desespero, como el Judas que se ahorcó cuando murió el Nazareno. Te conjuro cualquier arma que atente contra mi cuerpo, por la corona y los clavos de Jesús el Nazareno; detente, arma, detente, detente toro de fuego; detente, amigo, detente; conjúrote nervios y venas; que se te quite el aliento, valor ni fuerzas no tengas, para maltratar mi cuerpo, ni jamás mal pensamiento, de manos y pies maniatado quedas como

Cristo en el madero de la Santa Cruz, carne y sangre te duerman y privese-te el cerebro, en nombre del cielo y de la tierra; conjuro tiros de fuego, punta de peinilla o crucero; conjuro, creo y detengo, brazo desconjúrate pronto y que ningún tiro reviente, por la corona de espinas y los tres clavos de acero, detente tiro de fuego, arma cualquiera detente, como el cielo no se cae, ni el agua se enciende al fuego conjuro y reconjuro, que intentare con mi cuerpo, de pies y manos se escarche, pierda fuerza y movimiento, como quedó Jesucristo clavado en el madero, así quiero quede mi contrario y el arma no le dé fuego, conjuro, creo y reconjuro. Amén».

Detente, arma, detente. Detente toro de fuego. Estar poseído por Caracas, ser poseído en Caracas. Sobrevivir en Caracas. Zambullirse inerte en su pulso. Respirar su vehemencia. Dicen que los espíritus, los *hermanos*, siempre nostálgicos de carne y músculo, ávidos de latido y sangre, se *recuestan* o apoyan en las *materias* más allá de las ceremonias en los *portales* espiritistas. Dicen que les acompañan en lo cotidiano, titilan en sus gestos, se infiltran en su habla, se alojan traviesos en su mente, permean sus decisiones, modifican sus gustos, habitan resquicios de su deseo, mueven o truncan sus cuerpos como marionetas a cámara lenta. Posesiones parciales, recíprocas, estados de atención inconcretos, trozos de trance, espectros en busca de cuerpo que hacen de la ciudad de los mediums un súbito altar animado. El trance retorna así a la intensidad de la calle, a los recodos y las brisas donde se inventan cada día sus aristas corpóreas. Será que así es caminar por Caracas con una luz en el costado. Será que la ciudad espiritista se experimenta como paisaje de presencias múltiples, simultáneas, moduladas en gestos y humores de autoría diversa.

Los altares excesivos de María Lionza, extravagantes como tela de araña, brotan de muy adentro. Pasadizos sensuales hacia la memoria, cruces de historias oficiales y populares, goznes de devociones y sentidos de identidad privados y colectivos, se disgregan en juego de equilibrios, en espacios de translación múltiple, como planetas a la deriva que entrelazan sus órbitas mientras se ocultan sus contornos. Matrices permanentes de la *fuerza* espiritista, la *fuerza* que se grita, la *fuerza* que se hinca tenaz en los huesos, acunan el trance que reside agazapado en su infinidad de escondrijos polí Cromos. En su vientre. En el bostezo largo de ese felino inminente que es Caracas.